

ANEXO H

Monsivais, Carlos *et al.* (2004). En Viento rojo. *Diez historias del narco en México*, "El Narcotráfico y sus legiones". México, D. F., Plaza y Janés.

VIENTO ROJO

Diez historias del Narco en México

Plaza Janes. 2004. México. Pag. 34-44

El Narcotráfico y sus legiones.

Carlos Monsivais

V. LA NARCOCULTURA: «Ni MODO DE CONSEGUIRLE UN CURA SI YA LO IBA A MATAR»

Más que los medios masivos, ha sido la industria del espectáculo la gran divulgadora de la «cultura del narcotráfico», mezcla de factores desiguales y combinados:

- El poder adquisitivo y los recursos tecnológicos de la delincuencia organizada, que es un poder en sí misma.
- El impulso de «sobrevivencia-a-como-dé-lugar», propio de los sectores del abandono agrario o de la pobreza urbana sin empleos a la vista.
- La admiración por el *thriller* y sus secuencias de velocidad, muerte a raudales, mujeres fáciles, armas poderosísimas y ambigüedad moral.
- Las compensaciones psicológicas del derroche en quienes vivían en la carencia sistemática de recursos.
- La seducción de la publicidad y el relieve legendario de hombres rudos, independientes, habituados a la soledad, tal

y como los plasma la imagen del *Marlboro man*.

- La obtención del gusto estético que proporciona el demasiado dinero. Lo brillante, lo llamativo, lo ostentoso, se consideran signos de distinción.

En la comprensión de lo que es el narco es enorme la deuda con el cine (el de México y el de Estados Unidos), que entre otras

cosas afecta la idea que de sí mismos tienen los causantes directos del subgénero fílmico. Ésta sería su conclusión: «No éramos así hasta que distorsionaron nuestra imagen, y entonces ya fuimos así porque ni modo de hacer quedar mal a la pantalla». El narco del cine tiene automóviles de portento, vive parte del tiempo en Florida, ostenta anillos de diamantes, revólveres con cacha de oro y plata y botas de piel de víbora. ¿Por qué no se van a apropiarse de estas imágenes los narcos de las butacas?

El cine es el árbitro de la elegancia de las minorías delincuenciales, y al respecto examínense los catálogos de las subastas de la PR. ¿Quién entre los nuevos ricos desafía al gusto revelado en la residencia de los Arellano Félix, por ejemplo el juego de cubiertos de oro y la colección de personajes de Walt Disney, de muy buen tamaño, hechos a pedido en Lladró? El problema subsiste. El pintoresquismo no define ni capta debidamente al narco, al fin y al cabo un emporio neoliberal, y por eso tiene tanto éxito el tratamiento caricatural en el cine de estos personajes. En la abundantísima serie de películas que forman un subgénero, el narco mexicano, fruto en primera instancia del choque de la vida campesina y las oportunidades de empleo de la frontera norte, se vuelve una fantasmagoría, una figura las más de las veces iluminada por el humor involuntario, de gesto duro y dicción monocorde, el dedo eternizado en el gatillo, en medio de la sucesión de cuerpos que se derrumban con estrépito coreográfico (el subgénero podría

llamarse «tiro al blanco»), y de los visajes de «criminal aturdido» a merced de las órdenes del capo y el Hombre Respetable que es el verdadero jefe de jefes.

En los escenarios de estos *thrillers* baratísimos, nada más perseveran la trama regida por criterios infantiles, y la certeza del único relato disponible: el del ascenso a tiros y el descenso abrupto. (El subgénero se modifica en Norteamérica, ya hay series muy bien realizadas, como *Kingpin*, y el deseo de mostrar la complejidad psicológica.) En el cine del narco desfilan los jefes policiacos en la penumbra, las conspiraciones criminales, el esbozo de la crueldad como la elocuencia de los psicópatas, las balaceras que no cesan, el Primer Mundo poblado de drogadictos en los *ghettos* y en los *penthouses* de Manhattan, las recompensas afrodisíacas, la violencia que estalla como coherencia de feria.

Durante una etapa de 1970 a 1990, aproximadamente, el subgénero se agota y revive como humor involuntario y sólo lo extinguen las evidencias de la realidad que ridiculizan a las tramas y las interpretaciones actorales. Mientras, se producen anualmente en México veinte o cincuenta películas sobre el triunfo final de los buenos (unos cuantos) sobre la nueva etnia, los narcos, la explosión del caciquismo rural en medios urbanos, los que canjean su tontería por balas certerísimas. En las industrias culturales el narco mexicano es como un trasplante: se modifican los escenarios del *thriller*, y el tema se desdibuja, hasta convertirse en una sucesión de sueños pueriles en donde la conspiración criminal es en rigor una empresa familiar. Las películas se renuevan, los casetes y los CD son la otra trepidación en carreteras y fondas y restaurantes súbitamente de lujo y cabaretuchos.

EL NARCOCORRIDO: «¡AY FRONTERA NO TE RAJES!»

En este paisaje, la transformación del corrido es fundamental. Al corrido, un género musical, épico y político de principios del siglo xx, se le cree extinguido, sólo apto para recordar a Zapata y Pancho Villa. De pronto, en la década de 1970 el corrido vuelve con persuasión y clientela. El Norte de México se afilia a la canción que transmite hazañas (lo que su público califica de hazañas), y se fortalecen los grupos que, desde su aspecto irremisiblemente «norteño», se identifican con sus oyentes. Cantar la vida y muerte de un narco no es celebrar a un bandolero social, sino precisar lo innegable: los otros intérpretes del corrido, los que se desgañitan en los *pick-ups*, norman su conducta queriendo ser o evitando ser como celebrados y sentenciados por grupos como Los Tigres del Norte, Los Tucanes de Tijuana, y muchísimos más, que una y otra vez insisten en su «filosofía de la vida». Una célebre canción colombiana de Darío Gómez, muy apreciada por los narcos, se llama «Nadie es eterno», y en el entierro de Pablo Escobar Gaviria, y de muchos otros traficantes, en México y en Colombia, se canta «El Rey», del mexicano José Alfredo Jiménez, con un inicio a su modo épico: «Yo sé bien que estoy afuera, pero el día que yo me muera, sé que tendrás que llorar».

PACAS DE A KILO

Como en los buenos tiempos de la Revolución, el Norte mexicano patrocina la transmisión de hechos de sangre, y multiplica a los grupos que, desde lo «irremisiblemente norteño» de sus atavíos, se identifican con los oyentes que los incorporan a su «sentimiento histórico» y muy probablemente a su patrimonio sentimental. Véase parte de la letra de un corrido paradigmático:

*Me gusta andar por la sierra, me crié
entre los matorrales, allí aprendí a
hacer las cuentas nomás contando
costales. Me gusta burlar las redes
que tienden los federales.
Muy pegadito a la sierra tengo un
rancho ganadero, ganado sin
garrapatas que llevo pa 'l extranjero.
¡Qué chulas se ven mis pacas con
colitas de borrego! Los amigos de mi
padre me admiran y me respetan, y
en dos y trescientos metros levanto las
avionetas. Me dicen el Tres Calibres
manejo las metralletas...
«Pacas de a kilo», de TEODORO
BELLO, interpretado por Los
TIGRES DEL NORTE.*

El cantor de las jactancias del narco no celebra reivindicación alguna, se limita a anticipar lo innegable: los seguidores del corrido no quieren ser sus protagonistas, porque así como los ven de pobres, la vida es su mayor querencia, detestan el valor suicida, y repudian los rastros de muerte... Y con todo, y de esto hay numerosas constancias, tampoco excomulgan al antihéroe, ni se sienten moralmente superiores a él; más bien observan con celo regional y laboral a los exceptuados provisionalmente del destino de los pobres. Y los testigos de cargo o descargo entonan: «Por causa de la amapola, las tremendas metralletas».

¿Hay en los narcocorridos apología del delito y la delincuencia? Lo más conocido no es estrictamente ditirámico, sino la recordación funeraria de aquellos que, con tal de subrayar su mínima o máxima importancia, desafían la ley y no se inmutan a la hora

de disminuir brutalmente la demografía. En *jefe de Jefes. Corridos y narcocultura en México*, de Juan Manuel Valenzuela, se cita un corrido de Los Rojos, «Mi último contrabando», que describe la metamorfosis: ha vivido pobre, muere en la respetabilidad del derroche:

*Quiero cuando muera,
escuchen ustedes.
Así es mi gusto y mi modo,
mi caja más fina y yo bien vestido, y con
mis alhajas de oro
mi mano derecha un cuerno de chivo en
la otra un kilo de polvo. Mi bota texana
y botas de avestruz,
y mi cinturón piteado todo bien vaquero,
y con gran alipuz
un chaleco de venado
para que San Pedro le diga a San Juan:
«Ahí viene un toro pesado»... Adornen
mi tumba entera con goma y ramas de
mota y quiero, si se pudiera, que me
entierren con mi trota para que vean que
la tierra no se tragó cualquier cosa.. .*

Los autores de los corridos de la Revolución se formaron en la rima y la acústica del romanticismo, y poseían cierto don metafórico; los compositores y letristas de los narcocorridos no suelen disponer de los mínimos requerimientos técnicos, no pretenden la rima y más o menos las metáforas les tienen sin cuidado. Lo sepan o no, su perspectiva es sociológica, nada de «Despedida no les doy,/ porque no la traigo aquí,/ se la dejé al Santo Niño/ y al Señor de Mapimí ./ Se la dejé al Santo Niño/ pa que te acuerdes de mí». En los narcocorridos, la despedidera, tan esencial en el género, es un lugar común que rastrea en la

poesía popular el sitio de los epitafios vanidosos. El narco quiere un lugar en el infierno. El grupo Los Tucanes de Tijuana, muy popular, canta «El puño de polvo»:

*Cuando me muera no quiero
llevarme un puño de tierra,
échenme un puño de polvo y
una caja de botellas, pero que
sean de Buchanan´s y el polvito
que sea de reina... Cuando esté
en el más allá procuraré a mis
amigos, para invitarles a todos un
agradable suspiro, y haremos una
pachanga pa que nos cante
Chalino.*

¿A qué distancia se está de José Alfredo Jiménez y su «cuántas luces dejaste encendidas,/ yo no sé cómo voy a apagarlas». La despedida de los narcocorridos se olvida de «la brega de eternidad» y se atiene a la praxis:

*Adiós pistolas famosas,
también bar «El navegante»,
tú presenciaste la muerte
del mentado comandante,
si no pueden ni se pongan
con un narcotraficante.*

GRUPO EXTERMINADOR, «Los dos rivales»

Y hace falta, si se habla de la cultura del narco, un capítulo sobre Jesús Malverde, «el santo de los mariguaneros ».

MÁS VALE IMPUNE Y RICO QUE POBRE Y ENCAJUELADO

Si eres pobre te humilla la gente. Si eres rico te tratan muy bien. Un amigo se metió a la mafia porque pobre ya no quiso ser. Ahora tiene costales de sobra, por costales le pagaban al mes. Todos le dicen el Centenarco por la joya que brilla en su pecho. Ahora todos lo ven diferente, se acabaron todos sus desprecios.

¿Es la antiépica un género? En el narcocorrido no se insinúan siquiera los sentimientos de la epopeya, ni juego literario que permita hablar de lírica. Ningún narco es capaz de hazañas y lo suyo es la disminución salvaje del valor de la vida humana, completada con la exhibición del mayor dispendio como última voluntad del condenado. No hay para los narcos la retirada de los Diez Mil o la Toma de Torreón o la burla de la Expedición Punitiva del ejército norteamericano contra Pancho Villa («¿Qué se creían esos americanos?/ Que combatir era un baile de carquis / Con la cara abierta de vergüenza/ se regresaron corriendo a su país»). No se registra tampoco el «porque matar un compadre/ es ofender al Eterno». Lo que otorga el tono estrictamente sociológico al narcocorrido es su sinceridad autobiográfica, la de los testigos participantes que le dan la información básica a los rapsodas de sus vidas y muertes inminentes. Cantan Los Rayos el corrido «Negocios prohibidos»:

*Me gusta la vida recia, si así ya soy,
es herencia de mi padre
que estos business me enseñó.
Te sobran billetes verdes
también viejas de a montón.*

Y Las Voces del Pacífico cantan «El Corrido de la Pacific»:

*Si alegres van escuchando toda
clase de canciones, mi
admiración a sus carros y
también las tradiciones de esas
preciosas modelos que traen
llenas de pasiones.*

Más que celebración del delito, los narcocorridos difunden la ilusión de las sociedades donde los pobres tienen derecho a las oportunidades delincuenciales de «los de Arriba». En la leyenda ahora tradicional, los pobres, que en otras circunstancias no pasarían de manejar un elevador, desafían la ley de modo incesante. El sentido profundo de los corridos es dar cuenta de aquellos que, por vías delictivas, alcanzan las alturas del presidente de un banco, de un dirigente industrial, de un gobernador, de un cacique regional felicitado por el presidente de la República. Al ya no inventar personajes de todos llorados, los narcocorridos relatan de modo escueto la suerte de compadres, hermanos o primos. Para ellos, ya fenecidos o que al rato bien pueden morir, aquí les va la despedida. ¡Qué joda! Ni en el delito dejan de existir las clases sociales. La impunidad es el manto invisible de los que, al frente de sus atropellos y designios delincuenciales, todavía exigen prestigio y honores.

EPÍLOGO DISCRETO AL PIE DE UN MORIDERO

Si el narco le trae al país hartas divisas, en los espacios de la riqueza y de la pobreza la «indiferencia moral», algo cercano a la crisis de

valores pero de ninguna manera su sinónimo se esparce y la gente de las colonias, los pueblos y la periferia de las ciudades ve lo que ocurre sin inmutarse, o sin inmutarse al punto de la denuncia. ¿Qué van a hacer si los encargados de combatirlo resultan sus más elocuentes promotores? ¿Qué van a hacer si en tantísimos ambientes la moral es un desprendimiento del modo de vida? La gente se asoma a los palacetes de los narcos, identifica sus automóviles, se ríe al oír los cantares de antigesta, ve las películas y condesciende relajadamente con su irrealidad.

¿Para qué reacciones éticas? En las zonas afectadas por el narco esto en nada le incumbe a la policía y al gobierno, y la gente ve el auge del narcotráfico sin indignación, o sin inmutarse al punto de la respuesta organizada. Los narcocorridos combinan lo elegíaco y lo festivo, y manejan el asombro divertido, el acercarse como en película fantástica a lo que transforma las colectividades. Tómese por ejemplo la narcoarquitectura, los palacetes surgidos en Medellín, Cali, Guadalajara, Tijuana, Mazatlán, y en pueblos ignorados. ¿Cómo no divertirse ante estos homenajes simultáneos a las fantasías de *Las mil y una noches* y Disneyland?

La gente identifica de inmediato los signos de la narcocultura: los automóviles y las camionetas de lujo, los corridos, los estilos del derroche. Todos recuerdan al pariente que anda metido en esto, o a la viuda del pariente que se fue del pueblo cuando ni el cadáver le entregaron. Y jamás pasan inadvertidos los anillos de diamantes y las esclavas de oro y las chamarras de superlujo, y los fístoles de oro y diamantes y las fiestas en donde el *champagne* se va como agua.

La emergencia del narco no es ni la causa ni la consecuencia de la pérdida de valores; es, hasta hoy, el episodio más grave de la criminalidad neoliberal. Si allí está el gran negocio, las víctimas vienen por añadidura. Y con ellas la protección de las mafias del poder.